

AA.VV. *La provincia en imágenes IV. El Altiplano. Fotografía antigua y memoria*. Granada: Diputación, 2008. 107 págs.



La memoria ha dejado de ser una narrativa inerte o un mero compendio de recuerdos y retazos de historia congelados en imágenes y objetos, para mostrar su potencia como argumento social para la disputa de los órdenes monolíticos contenidos en el relato histórico del pasado. De esta manera, además de instrumento analítico de la teoría social, ha basado su vigencia en la relación que posibilita entre las gentes y sus espacios vividos, entre sus recuerdos, sus olvidos y sus imaginaciones de porvenir, lo que algunos autores denominan «memorias de futuro». Desde hace unos años, se ha generalizado la idea de construir memoria con la recurrencia y el concurso de las fuentes visuales, mediante la celosa preservación de todo ese patrimonio gráfico y esos recuerdos imborrables hasta incentivar la nostalgia con el fin de recuperar la memoria colectiva. No deja de ser evidente cómo la fotografía cumple sobradamente con esta función esencial, y aún más en un momento como el actual en el que se necesitan las imágenes para tener un conocimiento directo de lo que ha acontecido, como una mirada que se fomenta y que responde a la manera según la cual contemplamos el presente.

Para sustentar esta perspectiva de trabajo resulta de suma importancia el legado recibido por la antropología visual y procedente de los trabajos producidos durante las décadas de 1960 y 1970. Fue entonces cuando se produjo una revalorización de la imagen como dispositivo de memoria y como herramienta etnográfica, debido en parte a la crisis que se originó en la antropología textual y en las corrientes documentales, pero ante todo a las búsquedas semiológicas del post-estructuralismo y del cinema *verité*, así como los aportes que desde la estética se ofrecieron en torno al reconocimiento del sujeto en la obra plástica.

Ya Susan Sontag (*On Photography*, 1977) definía la fotografía como un instrumento para recordar el pasado, aplicando la diacronía evidente del paso del tiempo. Así, al mirar una antigua fotografía, el individuo es capaz de reconstruir su pasado, con lo que de alguna manera también está construyendo su presente. La consistencia y fuerza de ese discurso visual parte necesariamente de la invención de la fotografía, sin descartar la herencia visual de siglos anteriores evidentemente, que no sólo facilita la reproducción mecánica de todas las cosas

que nos rodean aventajando a otras artes y otras ciencias, sino que además ha sustentado un sistema de comunicación y de transmisión de información del que dependemos para comprender nuestro mundo. Señalaba André Malraux cómo las imágenes han inventado con la fotografía su imprenta, una categoría que sólo habían alcanzado las letras con su renacimiento, en su función de describir y de traducir el pensamiento, el conocimiento y la narración en los textos, que en estos días la imagen ha logrado con la fotografía. Pero la fotografía no es tan sólo un soporte para la imagen, sino que además es un sustento de y para la memoria, ya que su fuerza y atractivo reside en su capacidad técnica de suspender el tiempo y centrar el espacio en un instante. De este modo, permite recordar constantemente todos aquellos hechos que nos hemos esforzado en memorizar mediante la lectura.

Por todo ello, visualizar los recuerdos en la fotografía es una versión más de hacer memoria, de no olvidar un pasado que se ha preservado en esas imágenes que una y otra vez la fotografía nos devuelve ante nuestra atenta mirada. Así lo entiende la sociedad contemporánea y los organismos encargados de velar por la pervivencia de la memoria. La construcción del Archivo Visual de la provincia de Granada constituye, de este modo, una iniciativa vinculada a la sección de Cultura Tradicional y Patrimonio de la Diputación Provincial, que tiene como objeto dar a conocer sus materiales y colecciones de carácter etnográfico. A él pertenece el proyecto *La provincia en imágenes*, encargado de la recopilación, digitalización y documentación de fotografías antiguas de territorios culturales concretos, cedidas desinteresadamente por sus propietarios. Tras tres iniciativas anteriores, la cuarta serie incorpora una mayor sistematización en la campaña de captación de imágenes centrada en una mancomunidad de municipios y no en entidades locales aisladas, dedicada en esta ocasión a la comarca de Huéscar.

De otro lado, el catálogo acompaña cada una de las fotografías con breves textos que glosan y destacan el valor cultural o privado de las imágenes, incorporando la cultura de la oralidad al discurso tradicional. Con ello se promueve la intervención, el análisis y la difusión del patrimonio inmaterial granadino, asegurando la pervivencia de los relatos de memoria. En la fase de documentación se realizaron diversas entrevistas donde se relataban los recuerdos, sentimientos y emociones provocados por esas instantáneas. La exposición queda así organizada en bloques temáticos, siendo el primero dedicado a «Pueblos, calles y paisajes», seguido del que refleja los «Oficios tradicionales» de la zona, «Fiestas, romerías y otros rituales» y «Escenas de la vida cotidiana», referidos a las localidades de Castilléjar, Castril, Puebla de Don Fadrique, Orce, Galera y Huéscar. Con tratarse de una importante aportación etnográfica, esta iniciativa carece de la rotundidad que habría adquirido con una más extensa aportación fotográfica, habida cuenta del ingente material existente. Un elemento destacable que que-

da ausente se refiere a la naturaleza e identidad de la práctica fotográfica en el Altiplano: fotógrafos, talleres permanentes y ambulantes, etc.

En cualquier caso, cabe a las imágenes el poder de configurar la memoria social, pero sin dar cuenta de un tiempo histórico lineal, sino de un tiempo social fragmentado, que permite nuevas relaciones de sentido hasta cuestionar la historia oficial, construyendo nuevos presentes y futuros a partir de la relación con el pasado. Sólo así la memoria parece ser uno de los lugares más lícitos para pensar lo visual y articularlo con el hacer social.

Ana María GÓMEZ ROMÁN
Universidad de Granada y Centro de Estudios «Pedro Suárez»